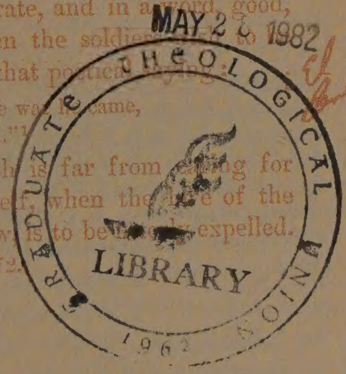
APUNTES

Estad pues firmes: Estudio bíblico
Rubén Armendáriz

Pastoral Care and Counseling in a Mexican American Setting
Roberto L. Gómez

Confrontación y reconciliación
Yolanda E. Rivas



Reflexiones teológicas desde el margen hispano

Vol 2 No. 2 Verano, 1982

Apuntes se propone, desde una perspectiva hispana, ofrecer "apuntes" o notas marginales que ayuden a redefinir o reinterpretar la vida y el pensamiento de la iglesia. Pero al mismo tiempo esperamos que esos "apuntes" desde la periferia "apunten" al centro mismo de esa vida y ese pensamiento.

Apuntes (02799790) is published quarterly by the Mexican American Program, Perkins School of Theology, Southern Methodist University, Dallas, Texas 75275. Second class postage paid at Dallas, Texas 75260 and additional mailing offices.

Postmaster, send address changes to:

Apuntes
Mexican American Program
Perkins School of Theology
Southern Methodist University
Dallas, Texas 75275

Manuscripts are to be sent to our editorial office:

Justo L. González, Editor
Apuntes
336 S. Columbia Dr.
Decatur, GA 30030

Estad pues firmes: Estudio bíblico

Rubén Armendáriz

Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud. He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley. De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído. Pues nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia; porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor.

Gálatas 5:1-6

La epístola del apóstol San Pablo a los gálatas nos presenta una oportunidad única para hacer una comparación entre aquellos cristianos del primer siglo y nosotros los cristianos hispanos del siglo veinte. La experiencia de los gálatas al aceptar la fe cristiana tiene sus paralelos con nuestra experiencia hispana. El profesor de Biblia Hans Dieter Betz, en su comentario sobre esta epístola, nos presenta el siguiente cuadro describiendo a estos gálatas. La historia de los gálatas había sido bastante violenta. Conquistados por varios poderes, fueron entonces usados en guerras como mercenarios. Por fin fueron conquistados por el Imperio Romano. Los romanos los usaron para conquistar y adquirir nuevos territorios. Vinieron a ser entonces una provincia del Imperio Romano conocida como Galacia. Los eruditos bíblicos nos dicen que, culturalmente, los gálatas fueron helenizados y romanizados. Algunos de ellos abandonaron sus nombres célticos y tomaron nombres griegos, mientras que en algunas costumbres e instituciones guardaron la lengua céltica. Es evidente que estos gálatas, aunque algunos habían tomado sus nombres de la cultura dominante y se habían asimilado al Imperio Romano en lo concerniente a lo político, social y cultural, todavía guardaban su idioma céltico.

Algunos de ellos se habían educado y tenían medios económicos que les permitían participar en el ambiente social helenista y romano. Es a estos que Pablo predica el evangelio de la libertad en Cristo, y entre los cuales establece iglesias.

Los versículos 1-6 del capítulo 5 destacan el "problema" que de seguro nos afecta a nosotros los hispanos en los Estados Unidos de América. Básicamente, el "problema" al cual se dirigía el apóstol Pablo era el del concepto de la libertad en Cristo y cómo eso se definía dentro de la realidad de los gálatas, tomando en cuenta su contexto. Los gálatas habían recibido y respondido al mensaje presentado por Pablo. Creyeron en ese mensaje y fueron bautizados. Lo esencial del mensaje que aceptaron fue que al ser bautizados eran hijos de Dios, confirmados por el Espíritu Santo y herederos de las promesas de Dios en Cristo. Y todo esto bajo el concepto de la libertad en Cristo. Pablo menciona en varios versículos de la epístola los elementos básicos y esenciales de su fe: "Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús " (3:26); "Y por cuanto sois hijos de Dios, Dios envió el Espíritu de su hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, padre" (4:6); "Así que ya no eres más siervo, sino hijo, también heredero de Dios en Cristo" (4:7). Estos elementos básicos y esenciales de su fe habían creado una nueva actitud en los gálatas, eran "una nueva creación". Esto los había hecho libres. Libres no sólo en conceptos de la fe, sino que esa libertad tenía su efecto en lo social y en las costumbres culturales. Las consecuencias de esa libertad en Cristo se pueden ver en que los gálatas ahora practicaban una libertad social bastante avanzada. Pablo no hubiera escrito las siguientes palabras si no fueran ya una realidad en la vida de los gálatas cristianos – y en verdad, este es el único lugar donde Pablo menciona este tipo de libertad social: "No hay judío ni griego; no hay siervo ni libre; no hay varón ni hembra: porque todos vosotros sois uno en Cristo" (3:28). Esto es un ejemplo poderoso de que los gálatas, al aceptar el mensaje de la fe cristiana, habían no solamente desarrollado conceptos teológicos, sino que en la práctica de su vida eran libres para forjar nuevas actitudes y prácticas consistentes con su propio entendimiento del evangelio de Cristo.

A estos gálatas cristianos vinieron otros cristianos a los cuales el apóstol Pablo llama "falsos hermanos" (2:4). Estos "falsos hermanos" eran judíos cristianos quienes estaban convencidos de que para que los gálatas fuesen verdaderos cristianos, tendrían que guardar la ley judía (Torah) y circuncidarse. Para Pablo, esto era negar la liberdad en Cristo. Regresar a los requisitos de la ley judía era ser esclavizado por la cultura, costumbres y creencias de otros. Esta era la obra "de los falsos hermanos introducidos a escondidas, que entraban para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús,

para reducirnos a esclavitud" (2:4). Ahora los gálatas estaban retrocediendo de su libertad y creyendo a aquellos "falsos hermanos". Pablo les dijo, en pocas palabras, que si ellos, los gálatas, se conformaban a la ley y condiciones de otros para ser cristianos, serían esclavos y siervos, no de Cristo, sino de otras culturas y costumbres. El hacer eso los llevaría a un legalismo que negaría la libertad que habían hallado en Cristo. Este es el problema que Pablo enfrenta con los gálatas.

No cabe duda de que este pasaje bíblico que relata la experiencia de los gálatas muestra varios paralelos con nuestra experiencia cristiana hispana. Desde luego que conocemos algunos de ellos y los mencionaremos aquí. Como pueblo hispano en los Estados Unidos, hemos sufrido violencias socio-económicas y políticas. Somos, como hispanos con nuestros diversos trasfondos nacionales, un pueblo conquistado. Hemos sido usados en guerras como soldados para defender los intereses de los Estados Unidos. Nuestra estancia aquí ha sido para muchos de nosotros un "americanizarnos" y "aculturarnos" a la sociedad dominante.

Algunos han cambiado sus nombres de Guillermo a William, Ricardo a Richard, Roberto a Bobby, etc. Algunos han alcanzado medios económicos y culturales que les permiten participar en el ambiente social "norteamericano". Usamos más el inglés, aunque preferimos el español para nuestras reuniones familiares, fiestas culturales y ceremonias y actividades religiosas. Somos mayormente un pueblo hispano que admite la fe cristiana: cristianos ya sea en la expresión católica romana o en la protestante. Podemos ver, por medio de estas generalizaciones, que tenemos mucho en común con los gálatas del primer siglo del cristianismo. Y tenemos aún más en común cuando consideramos una interpretación de nuestra situación cristiana a la luz de los versículos escogidos para este estudio bíblico. Aquí, me limito a la expresión y experiencia protestantes hispanas. Este es mi trasfondo histórico y mi contexto y realidad presentes. Como protestantes hispanos, somos el producto de una actividad religiosa misionera del siglo diecinueve, actividad que principalmente viene de Norteamérica y del anglosajón. Los misioneros, aunque bien intencionados, ignoraron completamente que los hispanos ya eran cristianos, o estaban bajo la influencia del cristianismo católico romano, cuando se dedicaron a evangelizarnos. Nos consideraron paganos e idólatras, y así lo dicen en muchos de sus informes a las juntas misioneras de Norteamérica.

Apreciamos el hecho de que predicaban el evangelio de salvación sólo por fe en Cristo Jesús, la aceptación de ser llamados y herederos de Dios, y la confirmación de esa salvación por el poder del Espîritu Santo. Sin embargo, al presentar ese evangelio a personas que ya tenîan un trasfondo cristiano, impusieron sus propias reglas de comportamiento a los hispanos protestantes como señal de su conversión y salvación. En otras palabras, el hispano protestante tenîa que ser como el protestante norteamericano para ser aceptado como verdadero cristiano. La libertad en Cristo de desarrollar e interpretar el cristianismo de acuerdo con nuestra realidad, envolviendo aspectos válidos de nuestra cultura, fue negada. Tenîamos que "circuncidarnos" – hacernos como los norteamericanos – para ser cristianos. Fuimos esclavizados a otros valores y actitudes, a costumbres y modelos no nuestros. El hecho es que somos fieles copias del cristianismo norteamericano. Nuestra adoración en su liturgia, y todas las actividades que llamamos cristianas, no reflejan quiénes somos como hispanos con respecto a nuestra cultura y nuestros valores. En este sentido, no somos libres. Un aspecto de ser libres en Cristo es el de desarrollar nuestra propia interpretación y expresión de vida y actividad cristianas de acuerdo con nuestra realidad. La misma aseveración que hizo el apóstol Pablo a los gálatas es válida para nosotros los hispanos protestantes. Cristo nos ha hecho libres para que con dignidad demos expresión al mensaje cristiano. "Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no volváis otra vez a ser presos en el yugo de servidumbre" (5:1).

Summary

The Epistle to the Galatians is basically about Christian freedom. For the Galatians to subject themselves to the rules proposed by the Judaizers would have been to deny that freedom, and therefore to deny the gospel itself. This epistle then has a particular significance for Hispanics in the U.S., who are constantly being called to give up their freedom and be judged by the standards of others. This is especially true of Protestant Hispanics, for whom Christianity has been couched in cultural forms which are alien to them. Over against this, Christ has made us free, and Paul would admonish us not to "submit again to a yoke of slavery."

Pastoral Care and Counseling in a Mexican American Setting

Roberto L. Gómez

This essay is a description of the Mexican American setting, and suggestions for achieving effective pastoral care and counseling in such a setting. It seeks to provide some answers to the question of how a religious professional (minister, priest, nun) engages in pastoral care and counseling with a Mexican American person in a Mexican American setting. Are there concerns and issues to which one should be sensitive? What knowledge and expertise are most helpful in working in a Mexican American setting? These are crucial questions which need attention if one is to achieve competency in pastoral care and counseling.

In an article entitled "The Professional in the Chicano Community," Dr. George G. Meyer, a psychiatrist, writes that "Mexican Americans are so different from one another that classifications can be quite misleading."[1] This observation should be kept in mind by a person called to do counseling with a Mexican American. As Meyer notes elsewhere in his article, there is a tremendous diversity among Mexican Americans as to their socio-economic, religious, educational, language, and racial background. A Mexican American can be poverty stricken, extremely wealthy or very middle class; a nominal believer, or a committed church person; an illiterate or someone with a graduate degree; monolingual (Spanish or English) or bilingual (Spanish and English). In physical appearance and color a Mexican American may be confused for a Native American, Black, Asian, Anglo or Jew. Each Mexican American is an individual who needs to be treated as such. The pastoral counselor who forgets this and assumes that all Mexican Americans are very much alike will be unable to work effectively.

It is important to understand that the Mexican American perceives the counselor to be primarily a religious person. The pastoral counselor is not perceived as a social worker, psychologist, or therapist. The Mexican American goes to a religious professional because that person is considered to be a "person of God."

Several years ago I worked as a chaplain at a county hospital in Houston, Texas. On one occasion I was asked to officiate at the baptism of a very sick infant of a Mexican American Roman Catholic couple. The Catholic chaplain spoke no Spanish and since I did, I was asked to perform the baptism. When I met the couple, I told them I was a chaplain but not Roman Catholic and I wondered about their feelings towards me. The mother answered by saying, "It does not matter that you are not Catholic, what matters is that you are a man of God." Paul Pruyser, a psychologist, has written that "problem-laden persons who seek help from a pastor do so for very deep reasons – from the desire to look at themselves in a theological perspective."[2] This is true of the Mexican American who goes to a religious person to seek help in his or her relationship to God.

The Mexican writer Samuel Ramos has written of the importance of religiosity in Mexican culture.[3] The meeting of a Mexican American with a professional for pastoral care and counseling becomes a religious event in which the use of prayer, Holy Scripture, and acceptable religious symbols are of great importance. I concur with Pruyser who has written that ministers should "reflect on their special heritage and use its theoretical foundations and practical applications to the full."[4]

Ramos has also written, in an essay entitled "Psychoanalysis of the Mexican," about the lack of trust of the Mexican. This is an initial concern for a religious person counseling a Mexican American. Ramos wrote in this essay:

> The most striking aspect of Mexican character, at first sight, is distrust. This attitude underlies all contact with men and things. It is present whether or not there is motivation for it. It is not a question of distrust on principle. . . rather amatter of irrational distrust that emanates from the depths of his being. It is almost his primordial sense of life. Whether or not circumstances justify it, there is nothing in the universe which the Mexican does not see and evaluate through his distrust. The

Mexican does not distrust any man or woman; he distrusts all men and women.[5]

If Ramos is correct, and I believe he is, this means that a pastoral counselor who is meeting for the first time, or is getting better acquainted with a Mexican American who has been a casual acquaintance, will have to spend a considerable amount of time on building trust in order to allow a caring relationship to be established. Carl Rogers, a psychotherapist, is helpful here with his idea of congruence which he defines as being perceived as "trustworthy, dependable or consistent."[6]

Perhaps because of the Mexican American's sense of distrust, a study of Mexican Americans has demonstrated that they are less willing to disclose their feelings and thoughts than Anglo Americans, which suggests "that Mexican Americans may be more reserved about disclosure to a stranger, in this case, a therapist."[7] It follows that a pastoral counselor has to be very intentional in establishing a trust relationship with the Mexican American counselee. The advantage that persons have in a local church setting is that the trust level can be established long before the religious person is called for counseling. Indeed, such a call is based on trust!

The pastoral counselor needs to have a basic understanding of a number of other factors which are of great importance to the Mexican American. One such factor is that the Mexican American is an historical creature, with a past filled with conquest upon conquest and much violence.[8] The original Mexicans, the Aztecs, ruled by conquering surrounding Mexican tribes. Once the Aztecs fell, the Spaniards, French, and Americans took turns conquering Mexico. The story of Mexico has been one of political, economic, cultural, and religious oppression. As a third world nation, Mexico has experienced tremendous political instability and economic depression until recent years. This, coupled with the fact that Mexico exists in close proximity to the United States, a large, powerful, prosperous nation, has led to a feeling of inferiority. A by-product of this feeling is tremendous anger toward the United States.

Consequently, the recent Mexican immigrant has great emotional feelings towards the United States, perceiving it as a country which has stolen land from Mexico and embarrassed Mexico by invading it as recently as the 1930's. To the Mexican, the American citizen represents political and economic oppression. There is a saying in Mexico which sums up

these feelings quite well: "Poor Mexico, so close to the United States and so far from God."

It is also important to understand the socio-economic attitude of the Mexican American. Class structure is much more important to the Mexican American that to the Anglo American. The Aztecs had a feudal socio-economic system which was reinforced by the lord-peon class structure which the Spaniards brought with them. Even today the feudal system prevails in Mexico, which has a small but powerful upper class, a small, growing middle class, and an extremely large lower class. Status and power are centered around the father, the local politician, and the wealthy. For the Mexican American, class does make a difference, and actions depend on the class to which one belongs.

An example of this is a recent incident in which a young Mexican American physician visited in the home of a lower middle class couple to whom he is distantly related. The middle aged Mexican American couple gave their best bedroom to the doctor, while they slept on the floor in the living room and worried about what he would think of their humble home. It was a case of classism, although it occurred within an extended family!

The family is also an important factor in counseling, as the Mexican American relies greatly on the family for support and direction. A recent study by three California psychologists revealed that Mexican Americans depend more on their families as emotional support systems that do their Anglo counterparts.[9] A Mexican American involved in counseling may reject a suggestion (however valid and reasonable) and discontinue counseling sessions if the family or an authority figure in it decides it is not in his or her best interest. Failure to understand this factor can easily undermine the best efforts of a pastoral counselor.

Failure to understand the language and culture of the Mexican American can also prove disastrous for a counselor. Assumptions must not be made as to what language a Mexican American will use. For the pastoral counselor, it is:

> necessary to recognize that Chicanos [Mexican Americans] live in a bilingual-bicultural milieu. Both languages and both cultures affect their total life style and have contributed to the formation of the Chicano culture. Mexican Americans are bilingual to a lesser or greater

degree. A common definition of bilingualism is the use of two languages with varying degrees of understanding and proficiency.[10]

Assuming that a pastoral counselor is bilingual, bicultural, has a grasp of Mexican American history, an understanding of the socio-economic attitude, and realizes the importance of the family, what then are the counseling issues which a Mexican American may wish to consider in coming to trust the counselor? The obvious issues are: familial relationships, work situations, loss and grief occurrences, etc. In this essay I wish to identify six issues which permeate almost everything a Mexican American does.

Reference has already been made to the deeply seated feeling of inferiority that Ramos mentions as being part of the Mexican's character.[11] Octavio Paz, another Mexican writer, further develops this underlying theme and relates it to solitude:

> Our sense of inferiority--real or imagined--might be explained at least partly by the reserve with which the Mexican faces other people and the unpredictable violence with which his repressed emotions break through his mask of impassivity. But his solitude is vaster and profounder than his sense of inferiority. A sense of inferiority may sometimes be an illusion, but solitude is a hard fact. We are truly different. And we are truly alone.[12]

In an essay entitled "The Sons of La Malinche," Paz has written of the destructive anger within the Mexican which is aggravated by a feeling of inferiority and solitude. When Mexicans cross into the United States, they carry this heavy burden and will eventually have to deal with it in some way. Helping Mexican Americans acknowledge and verbalize this anger helps them to deal with it constructively instead of destroying themselves and others in a passionate act of violence. If they choose to go to a religious person to consider this, then it obviously becomes a pastoral care issue.

Acculturation is still another issue which Mexican Americans face. The very complex and overwhelming issue of acculturation is a daily reality for the Mexican American. Even in Mexico life is influenced by the North American culture and life style. When the Mexican comes into the United States, the influence and power of the American way of life is intensified. As conservative and as anti-North American as

the Mexican American may be, one cannot escape the acculturation process, which daily, insistently, wears away at one's being.

Mexican Americans have at least three alternatives to acculturation. They may choose to ignore the process, but eventually they and their families will be overwhelmed by it. They may decide to fight it, but at best this will only slow down the process and at worst they will be overwhelmed and be left feeling embittered, even more inferior, and isolated in a "a no man's land"; isolated from their Mexican roots and yet not quite a part of their new North American world. A third alternative is to recognize the power and extent of the acculturation process and to decide ~~very intentionally~~ to what degree and in what ways one wishes to acculturate. The counseling process can be most helpful in the third alternative.

Acculturation is not only a complex issue but one which is broad in scope. There is still another aspect of acculturation which may surface as an issue for pastoral counseling. As the Mexican American becomes acculturated, a most important aspect of the acculturation process is the issue of authority: one's own authority and the authority of those around oneself. The Mexican understanding of authority is different from that of the Anglo.

That this difference exists is found in a study by R. Díaz Guerrero and Robert F. Peck.[13] During the middle 1960's, researchers asked Anglo and Mexican students to choose words that best defined the word "respect." Anglo students defined respect in the following way: "look up to with admiration; treat as an equal; give the other a chance; admire; consider other's feelings; consider other's ideas."[14] In contrast, Mexican students defined respect as: "awe; fear; love; affection; expect protection from; feel protection toward; dislike; don't trespass on rights; have to obey, like it or not; duty to obey; don't interfere in other's life."[15] The study concludes that for Anglos, the word respect means a "relatively detached, self assured equalitarism."[16] For the Mexicans, respect means "a close knit, highly emotionalized, reciprocal dependence and dutifulness, within a firmly authoritarian framework."[17]

While respect is not the same as authority in the United states, in the mind and life of the Mexican American the concepts are one and the same. It seems obvious that until both the Anglo and the Mexican American understand and appreciate their conceptions of respect and authority, there

will continue to be breakdowns in communication and relationships between the two groups.

When a Mexican marries an American, attends a predominantly Anglo school or church, or works in a predominantly Anglo environment, one can understand the pain the Mexican American endures in trying to survive in a world with strange and different meanings and concepts. Furthermore, if the dominant society ignores or refuses to learn in an effort to understand and to be sensitive to the Mexican American's perception of life, the element of racism becomes clearly manifested. Racism in its personal, social, and institutional forms becomes a basic issue for pastoral care.

Does the gospel of Jesus Christ offer anything to the Mexican American which can be used in pastoral care and counseling? Indeed, the gospel of our Lord Jesus has much to offer the Mexican American. If Ramos and Paz are correct in saying that the Mexican feels inferior and lives in a state of solitude and anger, then the gospel of Jesus addresses itself directly to these issues. Paul Tillich, in his sermon "You are Accepted," defines sin as separation.[18] I contend that separation is the same as solitude in the sense used by Paz. It is God's grace which overcomes one's separation from God, oneself, and others. It follows that it is God's grace which overcomes the solitude of the Mexican. And it is God's grace which transforms the inward, passive, destructive anger to an anger which can be channeled for constructive purposes, such as moving from resignation in life to worthwhile accomplishment. Furthermore, the moment that the Mexican American knows that God has spoken saying "you are accepted," then the feeling of inferiority can be dealt with. The pastoral counselor can be extremely helpful in helping the Mexican American move towards hearing God say "you are accepted."

In the gospel of Jesus Christ, the Mexican American is affirmed as a person and liberated to be the person God wants. St. Paul wrote in Romans 3:24, "by the free gift of God's grace they are all put right with him through Jesus Christ, who sets them free." Feeling affirmed and freed to be a child of God, the Mexican American is empowered to fight all racism to be encountered.

The gospel of Jesus Christ invites the Mexican American to come out of solitude and be part of the Christian fellowship in which one deals with persons from different backgrounds. "So then, you Gentiles [Mexican Americans] are not foreigners or

strangers any longer; you are now fellow-citizens with God's people, and members of the family of God" (Ephesians 2:19). At this point, the pastoral counselor can enable the Mexican American to hear God's invitation to Holy Communion.

To summarize, it is important for the pastoral counselor to remember that each Mexican American is a unique individual. It is important to spend time building trust. It is also important that the counselor understand that he or she is perceived first of all as a religious person. And understanding of the history, the socio-economic attitude, the family, the language and the culture are also important. Issues for pastoral care work with the Mexican are feelings of inferiority, solitude, and anger, the pressures related to the acculturation process, the perception of authority, and the reality of racism. Finally, the gospel of Jesus Christ helps the Mexican American move towards self acceptance, self affirmation, freedom to be the person God intends, and participation in the Christian fellowship.

Footnotes

[1]George G. Meyer, "The Professional in the Chicano Community," *Psychiatric Annals* 7:12 (December, 1977), p. 11.

[2]Paul Pruyser, *The Minister as Diagnostician* (Philadelphia: Westminster, 1976), p. 43.

[3]*Ibid.*, p. 10.

[4]Samuel Ramos, *Profile of Man and Culture in Mexico* (Austin: University of Texas Press, 1962), p. 77.

[5]*Ibid.*, p. 64.

[6]Carl R. Rogers, *On Becoming a Person* (Boston: Houghton Mifflin, 1961), p. 50.

[7]Frank Acosta, "Ethnic Variables in Psychotherapy," *Chicano Psychology*, ed. Joe L. Martínez, Jr. (New York: Academic Press, 1977), p. 225.

[8]Octavio Paz, *The Labyrinth of Solitude* (New York: Grove Press, 1961), p. 86.

[9]Susan E. Keefe, Amado M. Padilla, and Manuel L. Carlos, "Emotion Support Systems in Two Cultures: A Comparison of Mexican Americans and Anglo Americans." Los Angeles: Spanish Speaking Mental Health Research Center, UCLA, 1977 (mimeographed), p. 28.

[10]Guadalupe Gibson, "Training Aspects in Working with Chicanos," *Mano a Mano*, 4:4 (Houston: The Chicano Training Center, August, 1975), pp. 2-3.

[11]Ramos, p. 68.

[12]Paz, p. 19.

[13]R. Díaz-Guerrero, *Psychology of the Mexican* (Austin: University of Texas Press, 1976), pp. 78-88.

[14]*Ibid.*, p. 84.

[15]*Ibid.*, p. 87.

[16]*Ibid.*

[17]*Ibid.*

[18]Paul Tillich, *The Shaking of the Foundations* (New York: Charles Scribner's Sons, 1948), p. 153.

Resumen

Para hacer consejo pastoral efectivo con los méxico-americanos, es necesario conocer varios elementos de su cultura y circunstancias. Estos elementos incluyen el modo en que el consejero religioso es visto, las actitudes culturales hacia la familia, la sociedad y la autoridad, y los sentimientos de inferioridad, soledad e ira que resultan de su historia y de las actitudes de la sociedad dominante. En todo esto, el mensaje de Jesucristo es de gran valor, al afirmar a la persona como tal y permitirle afirmar su propia autenticidad.

Confrontación y reconciliación

Yolanda E. Rivas

En julio del 81 llegué a la Comisión de Religión y Raza de la Iglesia Metodista Unida, y desde entonces he tenido la maravillosa oportunidad de ampliar mi visión sobre el pueblo hispano. He estado en pueblos grandes y chicos, en cultos, comidas, reuniones y celebraciones. En cada lugar donde he estado he podido confirmar lo que ya sabía. Pero antes era un conocimiento al que le faltaba la dimensión total que da la visión que se concretiza y que se sale por tanto de la vivencia que es tan solo intelectual.

Al convertirse ese conocimiento, a través de estos encuentros, en rasgos definidos y personalidades propias con rostros sonrientes, cuerpos activos y mentes despiertas a todo lo largo y ancho del país, se me presenta en su confirmación como algo vivísimo en su realidad: Somos un pueblo grande y rico en pleno proceso de crecimiento y liberación. Elemento vital de esa riqueza es la casi increíble gama de diversidad que tenemos. Somos diversos en talento y en cultura, como es diversa y rica la lengua que nos une, como es rico y diverso nuestro folklore, y como son ricos, diferentes y profundos nuestros sentimientos. Es en esta visión de la grandeza de nuestro pueblo donde también he encontrado la razón mayor para la crítica de aquellos que al mirarla desde afuera la confunden, y llaman entonces a nuestra diversidad "división".

Por esta diversidad presentamos al ojo ajeno un grupo de personas que se llaman colectivamente hispanas, pero que reclaman también la propiedad de sus diferentes países de origen. Hablan la misma lengua, pero recogidos en ella se encuentran los matices del acento del altiplano boliviano, las pampas argentinas, los campos mexicanos, los llanos venezolanos o las islas del Caribe. Van a comprar a una misma tienda o pulpería en el barrio hispano, pero allí en su comida se aúnan el maíz con el chile, el plátano con los guineos, los frijoles con las habichuelas. Casi se siente el olor de las tortillas, tamales y pasteles. Rasgan las notas de su música, y el oído extraño se

sorprende con las notas tristes del indio, el ritmo africano y la jota española, amalgamado todo en lo que llamamos música criolla.

Es en esta diversidad que confunde al que sólo quiere conocernos dándonos un vistazo a la ligera, donde está nuestra riqueza. Porque podemos encontrar inicios comunes, nos hermanamos en el nombre de "hispanos". Porque dentro de este lazo común la historia y la geografía nos han dado el espacio necesario para crecer dentro de la cultura propia de cada región y grupo, somos ricos, diferentes y únicos. Porque nos sentimos hermanos en nuestra hispanidad, iguales dentro de nuestra diversidad, somos un pueblo grande.

Entender esa diversidad es la clave de empezar a conocernos como pueblo. Cuando el anglo deja de sentirse perplejo al descubrir que el dueño del restaurante cubano es salvadoreño, que en el grupo que canta tangos en el teatro no son todos argentinos, y la preocupación por la educación bilingüe en Nueva York no es tan sólo de puertorriqueños, entonces ha empezado a entender y adentrarse en los complejos lazos de nuestra cultura.

No somos una cultura fácil, no. No se nos puede abreviar siguiendo la línea del menor esfuerzo, ni se nos puede simplificar en fórmulas de ABC. Hay que prestarnos atención colectiva e individualmente. Conociendo a uno no se nos conoce a todos, aunque en cada uno haya un pedacito de todos. Y es precisamente esta complejidad la que nos hace también grandes y ricos.

Pero la confusión de los de afuera no es el problema mayor. La tragedia verdadera está cuando la confusión no viene de afuera, sino cuando viene de adentro, producida en y por nosotros mismos – cuando permitimos que esa confusión externa se inmiscuya en nuestros asuntos convirtiendo entonces la riqueza y diversidad que nos caracterizan en símbolo de división.

Parte de la grandeza del pueblo hispano es precisamente la unidad que logramos en nuestra hispanidad. Un pueblo que persiste con la tenacidad con que lo hacemos en mantener su lengua, su cultura, su identidad propia en medio de una cultura que por ser mayoría exige asimilación, es un pueblo unido. Un pueblo que se busca con el afán con que lo hacemos en medio de climas diferentes y regiones extrañas, y que siente reverberar en él con dolor unísono el dolor del continente, es

un pueblo unido. Es pues confusión de nuestra diversidad el epíteto de división que nos dan los de afuera y el sentimiento que a veces nos permea a los de adentro de creernos desunidos.

Según el diccionario, "confusión" es reunión de cosas inconexas, falta de orden, acción de tomar una cosa por otra, falta de claridad. Es posible que en medio del inmenso espacio geográfico que ocupamos y de la gama increíble de nuestra diversidad, perdamos a veces la debida perspectiva, y que la imagen que vemos y proyectamos sea distorsionada, fuera del orden correcto, y que por lo tanto se derive de ella esta confusión.

Toda confusión sin embargo tiene que ser aclarada, tiene que volverse a poner en el lugar establecido. Para un pueblo que está creciendo de una manera tan acelerada como el nuestro, que se predice llegará a ser la mayor minoría del país a finales de la presente década, esta necesidad es urgente. Pero más importante, para un pueblo que junto ha despertado a la necesidad no sólo de escribir sino de determinar su historia, un pueblo que está redescubriendo y haciendo redescubrir el significado de la liberación total, de alma y de cuerpo, de estructuras de opresión y de miseria, que está en un proceso de crecimiento no sólo físico o numérico sino también intelectual, político, espiritual y cultural, es imprescindible esclarecer esta confusión y volver a recuperar la visión que le corresponde.

Dos palabras acuden a mi mente martilleantes y persistentes en relación con la recuperación de nuestra total visión: Confrontación y Reconciliación. La completa realización de nuestra grandeza creo que se alcanzará cuando nos lancemos al acto de una Confrontación dentro de un marco de Reconciliación.

Confrontación

A veces le tenemos miedo a esta palabra. Primero porque tenemos demasiado metida en la cabeza la idea de que para ser cristianos hay que ser sumisos. Hemos confundido el concepto de humildad y de amor de Jesús con el de sumisión. La sumisión y el conformismo sin embargo estaban muy lejos de su evangelio. La humildad que Jesús enseñó no era en modo alguno sumisa o conformista. El Jesús humilde que lavaba los pies a sus discípulos era el mismo que "enseñaba como quien tiene autoridad", y que se levantaba en toda la hidalguía de su dignidad para afirmarse en el "YO SOY". El Jesús que trataba de ayudar a sus discípulos a vivir en el día presente en toda su

extensión y en toda su potencia al exhortarles a dejar el mañana para mañana y dedicar sus fuerzas al afán de hoy, era el mismo Jesús que no vacilaba en resolver los problemas urgentes del momento que repercutían lo mismo en las tradiciones del pasado que en las consecuencias del mañana. No se conformaba en esperar por un día mejor. Empezaba a actuar en el Hoy. Siendo sábado no titubeó para curar al hombre de la mano seca, y las horas no eran límite para hablar y enseñar a la multitud que le seguía aunque el sol anunciaba que era la hora de comer. Denunciaba Jesús su carácter no conformista y revolucionario cuando arrojaba a los mercaderes del templo, cuando acusaba a los religiosos de su época de hipócritas, y cuando hablaba sin reparos con la mujer samaritana arriesgándose a la crítica y censura de sus contemporáneos.

La confrontación es el inicio de todo cambio, de todo proceso de recuperación. Aun en el plano personal no realizamos grandes cosas, no podemos hacerlo, hasta que no nos confrontamos cara a cara con el paso que queremos dar, con la pena que nos aflige, con el problema que nos paraliza, con nosotros mismos. Aun la experiencia de la salvación no comienza hasta que no pasamos por el proceso de una confrontación.

Esta confrontación que es necesaria para esclarecer la confusión de nuestra imagen se aplica a nosotros primero como una confrontación personal e íntima. Confrontación de cada uno como persona, como persona que lleva como uno de sus elementos más distinguibles y esenciales la naturaleza de ser hispana. Confrontación donde cada hispano se enfrente consigo mismo, a ese nivel de conocimiento donde se produce reconocimiento de lo que se es, y con ese reconocimiento se alcanza un sentimiento de orgullo y de satisfacción que hacen completa a una persona. No es hasta que una persona logra encontrarse en ese nivel de aceptación propia que se produce la realización de toda su capacidad. Es cuando ha logrado esto que una persona está preparada para de una manera positiva dar de sí misma y recibir.

Otro nivel de esta confrontación es la que se sale de lo personal para encontrarse al otro nivel esencial que hace a un pueblo, pueblo. Este es el nivel donde traemos nombres diferentes, ideas afines o contradictorias, rostros blancos, trigueños y negros, toda esa nuestra diversidad fuertemente permeada por el sentido de un lazo común, del cual no nos podemos desatar ni queremos hacerlo, pues son nuestras raíces

mismas, que nos hacen ser iguales pero diferentes en el amplio contexto de lo que llamamos "La Raza". Es el nivel donde traemos nuestras diferencias y descubrimos que aun ellas provienen de las mismas heridas y el mismo dolor, y nos atan ya no sólo por la comunidad de nuestras raíces sino por la conciencia de que juntos podemos alcanzar la total liberación. Es el nivel de hispano a hispano. Esta es la confrontación donde hispanos de distintas procedencias se encontrarán para ir desnudando confusiones, erróneas interpretaciones, rencores y prejuicios mal fundados, porque han sido fundados en la confusión de una visión desordenada, fuera de su perspectiva correcta. ¿Que pudiera haber elementos de ira en esta confrontación? Sí, probablemente los habría. Pero quizá son necesarios para llevar a cabo una verdadera confrontación – aquella confrontación que cansa y fatiga porque se lucha de cuerpo a cuerpo y hasta el mismo meollo del alma, como la lucha de Jacob al rayar el alba con el ángel lo convirtió en Israel "porque has peleado con Dios y con los hombres y has vencido". La verdadera confrontación conlleva lucha, ira, rebeldía, cansancio; pero es siempre positiva, trae resultados transformadores. No hay transformación verdadera sin antes haber pasado por ese proceso de confrontación donde están incluídos todos esos elementos, para culminar después con el sentimiento único de la gozosa realización de la victoria que con nuestras propias fuerzas hemos logrado.

De esta confrontación desnuda yo imagino como resultado un reconocimiento mayor de lo que somos, una apreciación más real del valor de nuestra diversidad, y una solidaridad más profunda en nuestra hispanidad. Un impacto mucho más revolucionario como pueblo que se ha confrontado para afirmarse a sí mismo y encontrar la liberación.

El tercer nivel de esta confrontación que estoy visualizando es aquella donde lo que se realiza adentro se vuelca hacia fuera. De la misma manera que yo como persona no puedo dar ni recibir hasta que no me haya encontrado a mí misma, esté contenta y orgullosa de lo que soy, y esté en paz conmigo misma, tampoco como pueblo somos capaces de dar ni recibir hasta que no nos hayamos encontrado inmediatamente después del umbral de esta conjunta confrontación. Una vez hecho esto estamos preparados para salirnos fuera y, purificados y vigorizados por el esfuerzo de la lucha conjunta, hacer nuestra contribución comenzando con una confrontación. Esta confrontación es la que tenemos que hacer al barrio, a la ciudad, al estado y a la nación donde vivimos, a las estructuras y

organizaciones a que pertenecemos, y a la iglesia de la cual somos miembros.

Esta confrontación es la que está sucediendo ya en algunos lugares, pero que quizás no ha pasado por esas confrontaciones iniciales y se está produciendo de manera aislada. Mediante esta confrontación marcaríamos nuestras huellas de una manera inconfundible en el proceso histórico y político de esta nación, y al mismo tiempo estaríamos dando espacio para recibir positivamente de su cultura. Es la confrontación que demanda el lugar que nos corresponde como hispanos – el lugar donde seamos nosotros los que estemos determinando el camino a seguir, donde el deber y la responsabilidad del ciudadano se unan a la participación del poder de manera que nuestra voz y actuación estén presentes en el proceso de las decisiones que van a afectarnos como parte de esta sociedad. El lugar donde la aceptación de nuestra diversidad como pueblo, pueblo que se crece en el concepto más amplio de "La Raza", sea totalmente inclusiva, sin tener que amarrarnos a patrones preconcebidos o a moldes delineados por otros.

Esta sería la confrontación final donde, afirmados ya en lo que somos, damos de nosotros, ofrecemos la contribución que como pueblo debemos dar y al hacer esto, al mismo tiempo, afirmamos a los demás. Decía Unamuno que "gran poquedad de alma arguye tener que negar al prójimo para afirmarse". Nosotros como gran pueblo que somos afirmamos de la única manera que se puede afirmar: Crecidos en nuestro encuentro y seguros de nuestra identidad y valor, incluímos entonces al prójimo, nos abrimos a él, le encontramos en medio del diálogo de la confrontación, y en ese plano de igualdad lo afirmamos.

Reconciliación

No se puede hablar de confrontación sin hablar de reconciliación, porque sería algo inconcluso. El Jesús transformador que confrontaba lo hacía con el propósito específico de reconciliar. Reconciliar al humano con Dios, al humano consigo mismo, al rico con el pobre, al fariseo con el publicano. Nuestra acción de confrontación, confrontación que como pueblo cristiano hacemos a la luz de Jesús, trae como consecuencia irremediable la reconciliación.

Así como hablaba de la confrontación en tres niveles, creo en la reconciliación que se produce en esos niveles inmediatamente después de la confrontación. Reconciliación personal, clave de tantos problemas aún no resueltos en las salas

psiquiátricas; reconciliación como pueblo que dialoga, vive y actúa, inclusivo e igualitario, dentro de su diversidad; reconciliación creadora y transformadora que lleva a una mayor reconciliación dentro de la sociedad donde nos movemos.

Comencé este escrito diciendo que el pueblo hispano es un pueblo grande y rico en pleno proceso de crecimiento y liberación. "Por mí conoceréis la verdad y la verdad os libertará", dijo Jesús. La libertad es el resultado o la consecuencia última de conocer íntimamente a Jesús. Esta libertad de Jesús, este mensaje de liberación, conlleva estos dos elementos de los que he hablado aquí: Confrontación y Reconciliación. No puede haber libertad sin confrontación; no hay verdadera libertad sin reconciliación.

El pueblo hispano es un pueblo grande y rico. Un pueblo que en su diversidad busca como elemento final el de su liberación total. No en balde fue en el seno de nuestro pueblo y nuestro continente, herido por las masas adoloridas, que surgió la teología de la liberación.

Es a esa liberación total que debemos seguir apuntando, la que se produce de adentro hacia afuera, pero que por eso mismo, porque libera desde las mismas raíces, tiene resultados concretos en lo que pasa en la periferia. Es la liberación que, como Jesús, al mismo tiempo que sana al enfermo azuza, interroga, remueve las mismas bases para que la renovación sea total y permanente. Esta es la liberación que esclarece la confusión de que hablábamos, y la confusión mucho más amplia del propósito y sentido de la vida. Es la liberación de temores, miseria, prejuicios, racismo y opresión. Es la que aclara confusiones de valores, de prioridades, de principios y bases fundamentales.

Es nuestra responsabilidad no sólo luchar por mantener lo grande y rico que es nuestro, sino asegurarnos de que el proceso de crecimiento hacia esta liberación no se detenga, altere o desvíe por el camino. Acrecentarlo y acelerarlo mediante el esfuerzo conjunto e inclusivo de nuestro pueblo es el llamado y la tarea que se nos presentan cada día.

Al inicio de ese camino, camino de crecimiento y total liberación, veo todavía, persistentes en su pertinencia, estas dos palabras que se convierten al mismo tiempo en base y en ciclo perenne, necesarias para iniciar, proseguir y alcanzar la meta: Confrontación y Reconciliación. La Confrontación ho-

nesta y única se produce dentro del marco de la Reconciliación.

Summary

As we move towards liberation, the Hispanic people must keep in mind the two crucial elements of Confrontation and Reconciliation. Each of these is necessary for a proper understanding of the other, and both for true liberation. On this road of confrontation and reconciliation there are three main stages. First, confrontation with oneself is necessary if one is to be reconciled with oneself. Secondly, as Hispanics, we must confront each other in the midst of our diversity, and thus be reconciled with each other. This will make it possible for us to answer those who look at the Hispanic community and claim that it is divided and confused. Finally, we must confront society at large. This confrontation is central to our identity as a people. Without it, we would lose our identity, and our process of liberation would be stifled. But this must be a confrontation leading to reconciliation, for as Chrsitians we know that reconciliation is the ultimate goal of confrontation.

NUESTROS AUTORES:

Rubén Armendáriz es Director del Programa de Estudios Latinos de McCormick Theological Seminary, en Chicago.

Roberto L. Gómez es pastor de la Iglesia Metodista Unida en Albuquerque, Nuevo México.

Yolanda E. Rivas es Secretaria General Asociada de la Comisión de Religión y Raza de la Iglesia Metodista Unida, con oficinas en Washington, D.C.